

Torturados...



Siempre él, me lo repetía. - *Mientras leas esta historia y hasta que la termines, te aseguro que tendrás garantizado el no morir, pues yo he hecho un pacto con la misma muerte, la cual nunca se atreverá a tocarte mientras tú la leas...* - Y así, varias veces me suplicó que necesitaba que al final, todo fuese conocido. Solo eso y nada más. Pero lo que pase después, no lo sabemos...

Parecía real, lo juro. Solía aparecerse en los pasillos del séptimo piso del hospital, cuando la noche se hacía más noche todavía. Aparecían su sombra y su figura, cuando se encendían los silencios y cuando las toses, se hacían gritos de cavernas; aparecía cuando se apagaban los parpados, cuando se dormían las luces del pasillo y cuando se encendían los miedos, los insomnios y hasta las cucarachas más veloces.

La primera vez, me asustó. Y mucho. Fue paciente mío, cuando aun vivía entre nosotros. Si digo que era como un ángel o como un demonio, me quedaría corto. El mismo, en vida, aborrecía de los ángeles y hasta de los mismos santos. De su alma salía siempre una tristeza inmensa, que lo llevaba a compartir bromas y esperanzas con los otros. Disimulaba, con desesperación. Y de su rostro, embebido en las angustias, manaba a cada rato una sonrisa que buscaba como un dardo, a quien más de ella le hacía falta. Culpas, le sobraban. Nos contaba algo de sus penas, a la luz de una canción tristonera y a veces, a la luz de sus lágrimas gastadas. - *Cuando algo es bueno, como esto de poder confesarse...* - me decía -, *suele ser un poco triste y aburrido.*

Gigantesca y caótica la soledad en que vivía antes de su muerte, era terreno fértil para revivir sus más negros deseos asesinos. Voz de enigma que ahora discurría por una cuerda espiritual en sus apariciones, en las que solo merecen el desprecio, aquellos que nunca se limpian el ombligo o los que han sido asesinos, como él. *La realidad no solo es lo que se puede ver...* - siempre lo decía, en una letanía inentendible -, *sino que es lo que deberíamos querer. No hay otra.*

Solía reprimirse en sus locuras de abstinencia del alcohol, clavándose las uñas y mordiéndose los labios. Sabía desesperarse como cualquier otro ser humano, aunque siempre con algo de esperanza, hasta hablándome en susurros muy sutiles, para que los otros sufriesen algo menos. Los otros..., éramos sus culpas y yo. Y nadie más. Cuando murió, ya no era el que fue...

Ponía en duda a casi todo, menos a su propia capacidad de presentir que es lo que iba a pasar en el futuro. Al principio no le hacíamos demasiado caso, pero su certeza era casi matemática (yo lo comprobé). Aprendimos a escucharlo. Sus palabras parecían esos mensajes lanzados dentro de una botella, que un buen día nos llegaban, diez o veinte años más tarde, hasta ponerse a nuestros pies, descansando en una playa junto al mar. Pretendía alejar de su lado a la ignorancia, ceguera de la realidad más absoluta. Su voz nos recordaba

aquello que elegíamos olvidarnos. - *Usted va a creer en Dios, visceralmente, pero recién después de un gran dolor...* - me dijo la última vez que conversamos. Y no se equivocó.

Conciencia carcelera de la cual nadie se escapa. En cada una de sus lágrimas se reflejaban las estrellas, mientras esperaba que reencendiesen sus ganas, vapuleadas por las críticas - expresadas con desprecio - hacia sus vicios del alcohol y del pasado. Criticado desde ese rencor oscuro del frustrado. Eternos marginados de la vida, que señoreaban el veneno de sus lenguas. - *El vino encierra a miles de duendes picarescos, que se pasean rápido por los recovecos de la mente... y luego, se te escapan en tropel ¡Y te dejan más solo, todavía...!*

Una de las tantas noches en que se me apareció su espectro, me pidió que detuviese unos minutos, mi cansado caminar al dormitorio de los médicos. Algo me dijo y nunca supe bien que fue lo que me habló, pero igual yo lo entendí. Era un lenguaje de fantasmas. Lenguaje dulce que sorprende y emociona, buscando resolver verbalmente y con pánico sagrado, esos ojos llorosos, ebrios de dolor. Locura y sueño, muerte abrazada con amor a la memoria, hurgando en añoranzas, pesadillas y recuerdos, buscando despertar a los sonámbulos. Experiencia del vivir luego de morir, que hace a un lado las preguntas y manda a dormir a las respuestas.

Torturadores, torturas y torturados, fusionados en el crisol de los dolores más amargos... El alcohol nunca pudo sobornar a su conciencia. Su pasado fue presente hasta después de muerto.

Hubo muchas voces que le gritaban en las noches desveladas. La suya fue una historia muy triste de muertes y dolores. De venganzas... de injusticias. Creyó que todo se había terminado en algún lugar y en algún momento. Hubo un final, si... Pero todo final feliz es una estafa, en esa mezcla de ficción y realidad, en ese mar de ausencias que se vuelven un presente. Historia dura, ribeteada en facetas tan dramáticas, que desafían desde el vamos, a sus audacias y a su fe. Su juventud de peleas, de torturas, de extravíos, era un poema que todavía le sangraba. Respiraba hondo en sus insomnios, llenando los pulmones de una realidad en sobredosis.

Me dijo que en él, se le había cumplido lo predicho. Las siete trompetas, los siete sellos, el granizo, el fuego, las plagas y las batallas de los ángeles, luego de ser liberado Satán y sus demonios. Me dio lástima, mientras lo veía hablarme de asesinatos, errores y pifiadas... Fluía su pensamiento en contradictorias sensaciones, en acciones y en círculos, en su largo camino a las estrellas.

Cuestionaba a las imágenes de aparecidos, su misma figura desgarrada en esas noches, descomponiéndose en infinitos fotones de una luz mortecina. Me preguntaba si en realidad, no estaba yo eligiendo como percibir la realidad del más allá, a voluntad. Tratar de robarle la belleza a la idiotez de su pasado y a la brutalidad de su futuro, nunca pude. En el fondo, todos somos prisioneros de un pasado tan horrible.

Cerraba yo los ojos y lo seguía viendo, cuando me acostaba. Y viviendo en su dolor, me sentía agonizar hasta dormirme. Era un paisaje sonoro de emociones, hecho con la música natural de cada cosa y con el rumorear perenne de la tierra, que nos enseña a percibir la

vida desde mucho más allá de ella. Transformaba, en cada noche de mis guardias, los extremos de mis manos y mis pies, en oídos muy sensibles, caminando el universo de los vivos y los muertos, como en una melodía etérea. Él trataba de contarme de ese infinito de conciencias torturadas en las que se sentía, desde humildes palabras limitadas y finitas. Un pasaje a la luna guardado en el bolsillo, le permitía escapar al presente de horror, de chatarras y dolor, mientras estuvo vivo... pero ahora no podía.

Torturados y torturadores. Hombres inmersos en un baile macabro, sobre un tablero de ajedrez. Imágenes patéticas del desastre más desastre. Un picaflor que se quedó suspendido en el aire, sorbiendo el néctar de una flor, mientras se creía morir de dolor y aburrimiento. Más allá, el sol hundiéndose en el horizonte, como si un más allá se lo tragase. Lloraba - lo he visto yo - cuando la tarde de la guardia de un domingo, se adhería a las paredes de su alma, mientras el viento le soplaba por la luna

Su alma de bohemio muy tardío, arrepentido, hacia picardías en las noches de mis guardias. Solía correr descalza por las noches, sobre el trébol del jardín, recubierto del rocío. Hospital pánico, donde el tiempo se fue sustituyendo a cada paso, por el frío y por el lento del espacio. La miseria humana se disfrazaba de alma nochera y se asomaba al jardín de las esperanzas del perdón, hasta que el sol se alzaba en las mañanas, saludado por los ruegos de un zorzal galante, que nunca dejaba de cantar.

Hoy, mientras amanecía, pensé que si le contaba a alguien de todo esto, me tomaría por un loco y temería morir. Me duché y salí con mi estetoscopio a recorrer las camas, para decidir quienes se podían ir de alta. Un enfermo, el de la cama 17, se quedó mirando su futuro sin futuro, navegando en un tazón de leche, alimentándose a tajadas del aire matinal, mientras temía ahogarse entre los restos de cavilaciones, preguntas y extravíos. Me resultaba extraño.

Me sentí confundido. Miré por la ventana. Afuera las viejas maquillaban sus arrugas; algunos ansiosos devoraban choripanes; los gordos navegaban por la acera y otros, luchaban con paraguas contra el viento. El mundo, seguía siendo mundo.

- *Hasta la muerte es injusta para torturadores y torturados...* - hablaba y me miraba con un dejo de amargura, el enfermo de la cama 17, pero luego se sonrió y me dijo - *¿Usted los vio anoche, doctor?*
- *¿Ver...? ¿A qué se refiere?*
- *A los pobres pibes torturados... a esos que vinieron anoche a llevárselo al torturador que se le aparecía a usted, en el pasillo de su habitación ¿Qué..., acaso no los vio cuando se lo llevaban?*
- *Si. Si que los vi... Es increíble, pero me pareció que eran muy amigos con el torturador. ¿No se dio cuenta? ¿Será que solamente los muertos se perdonan entre ellos?*

No puedo contar otras cosas más, ni siquiera quien me las dijo... Algún día quizá, me atreveré a hacerlo. Pero me enteré que tanto los torturadores como los torturados, de tanto que blasfemaron en sus vidas, terminaron confinados al fuego absoluto del infierno... Si, fue así. Pero que nadie se asombre demasiado. Pues me contaron, además, que ahora todos están mucho mejor, mucho más aliviados en el medio del infierno, que cuando padecían en la tierra... Es que la tortura, los torturaba a todos... ... *Fin...*